

EL MERCURIO

FUNDADO POR AGUSTIN EDWARDS

Jorge Alessandri

Seguramente es una aspiración de todo hombre público la de llegar al fin de sus días rodeado del afecto de sus conciudadanos. Pocos casos habrá, sin embargo, que puedan igualar el grado de aprecio colectivo que el ex Presidente Jorge Alessandri concitaba en torno suyo al momento de su muerte.

La vocación predominante de esta señera figura de la política chilena fue el servicio público. Desde muy joven, apenas egresado de la universidad como ingeniero civil, prefirió encaminar sus pasos hacia funciones de ese carácter. Pudiendo haber optado por cargos de alto brillo o generosa retribución, prefirió trabajar como ingeniero del Ministerio de Obras Públicas. A una edad muy temprana, desempeñándose en la Dirección de Pavimentación, adquirió la experiencia necesaria para convertirse después, cuando fue elegido parlamentario, en el verdadero autor de las leyes de pavimentación de Santiago.

Todo se prestaba para que, ya desde entonces, su carrera política fuese fulgurante. Sin embargo, debió sufrir los rigores del exilio, acompañando a su padre, y conoció de cerca otras amarguras que suele llevar consigo el ejercicio del poder. Explicablemente, prefirió servir a su país desde cargos apartados de la figuración pública, tanto en el sector estatal como en el privado, que abrían a su carácter amplias posibilidades de labor creadora y de beneficio para la gran masa de

los chilenos. Estos, en efecto, constituyeron siempre su preocupación más fundamental.

Su aversión a la figuración política no resultó suficiente, con todo, para impedir que en diversas oportunidades fuera llamado a altas responsabilidades gubernativas. En 1926 fue elegido diputado, pero no se presentó a la reelección al término de su período. Después, en momentos particularmente difíciles para la economía del país, entre 1948 y 1950, sirvió el Ministerio de Hacienda, bajo la Presidencia de don Gabriel González Videla.

Pocos años después, en 1957, fue llevado a una candidatura senatorial por Santiago, a impulsos de sus partidarios y de su propio convencimiento íntimo de que las posiciones rectificadoras que él sustentaba debían estar representadas en la política chilena.

Pocas cosas sustraían a Jorge Alessandri de su austera reserva, pero una de ellas era, sin duda, el reconocimiento de los más pobres hacia los desvelos que desplegaba por ellos. Estaba consciente, en efecto, de que la labor política no demagógica rara vez encuentra comprensión entre las masas, aun cuando el propósito de aquélla —como siempre ocurría en su caso— fuera, precisamente, el de beneficiar a las grandes mayorías.

También con reticencia aceptó postular, un año después, como candidato independiente —calidad que preservaba con celo— a la Presidencia de la República. Llegó al po-

der respaldado por la votación de una mayoría relativa, pero concluyente. Enfrentado su Gobierno a circunstancias externas muy desfavorables, supo, sin embargo, entregar un país próspero, ordenado y estable a su sucesor. Dejó La Moneda rodeado del afecto de sus conciudadanos, que difícilmente olvidarán el trayecto a pie del Mandatario saliente, desde el Congreso Nacional, donde había hecho entrega del mando, hasta su domicilio, sin otra protección que el afecto popular, expresado en multitudinario aplauso.

Ya septuagenario, se creía con derecho al retiro que siempre había buscado. Sin embargo, al cabo de seis años del término de su Administración un importante sector de chilenos vio nuevamente en Alessandri la única posibilidad de salvación para la patria, frente a las gravísimas amenazas que se cernían sobre ella. Pese a su innegable popularidad, no pudo entonces vencer a la concertación de fuerzas políticas resueltas a impedir su acceso al poder por segunda vez. La historia posterior ratificó cuán necesaria habría sido la presencia de Alessandri en el poder supremo para mantener la estabilidad republicana.

Pese a que mucho dio durante su vida, Chile parecía necesitar más de él. Por eso, más allá de la añoranza afectuosa por su austera figura, un amplio y genuino consenso de dolor patriótico rodea su desaparición.